

Capítulo 57 - - Reconociendo la confusión - Guía práctica para la hechicería [Libros 1-4, actualización del 3 de julio]

Thaddeus

Mes 12, día 17, jueves, 11:55 p.m.

Después de regresar del lugar donde se había activado la falsa alarma de magia salvaje, todavía acordonada mientras los investigadores examinaban la escena en busca de pruebas, Thaddeus había aprendido sobre el intento fallido de oracular en la Raven Queen. De repente, el momento y el esfuerzo invertido en perturbar la vida de toda la ciudad durante unas horas esa mañana cobraron sentido.

Ahora, mucho después, se encontraba sentado en una de las muchas habitaciones de la red de archivos restringidos bajo la biblioteca, hojeando un texto antiguo escrito en un idioma olvidado hace mucho tiempo. A pesar de la importancia de su investigación, se sentía distraído.

Provocar las alarmas de magia salvaje de la ciudad no era tarea sencilla. Ningún ciudadano común podía lograrlo. El esfuerzo que se había invertido en simular la escena era impresionante, considerando el limitado tiempo que el culpable debió tener entre activar las alarmas y la llegada de la Guardia Roja. Al principio, parecía un acto insensato, hasta que se dio cuenta de que era una distracción perfecta.

Cuando las sirenas sonaron, Thaddeus solicitó todos los detalles, como siempre hacía, y se apresuró a abandonar la Universidad cuando le informaron que se trataba de una forma de Aberrante, de nivel Maestro y de tipo Eldritch. Esperaba llegar a tiempo para verlo en acción y estudiarlo antes de que la Guardia Roja lo capturara, o sus restos, y los llevara a uno de sus sitios secretos. El Aberrante de principios de mes había sido una muestra particularmente interesante, una anomalía, y había querido que se repitiera, aunque sabía que las probabilidades eran sumamente bajas.

La Guardia Roja llegó antes que él y ya había acordonado el área alrededor del origen del faro. Rodeaban la escena meticulosamente, pero los ciudadanos ya se habían refugiado en los refugios más cercanos, dejando la calle en silencio sepulcral, solo interrumpido por el estremecedor canto de las sirenas.

Los indicios de un ataque violento de un Aberrante eran evidentes.

Las puertas que bordeaban cada lado de la calle, en un radio de aproximadamente dos manzanas, estaban destrozadas, algunas arrancadas por completo de sus bisagras. Sangre, entrañas y órganos estaban salpicados de manera desordenada en y alrededor de cada puerta. La sangre ya estaba semi cuajada, enborronada y en forma de masas viscosas, hediondas y gelatinosas en lugar de extenderse y acumularse. Los cuerpos estaban divididos y completamente irreconocibles, sin cabeza, extremidades ni otros rasgos distintivos.

Como no era miembro activo de un escuadrón de respuesta de emergencia de la Guardia Roja, Thaddeus debía mantenerse al borde del cordón con uno de los integrantes del equipo de comunicación y contención. Pero eso no le impidió lanzar hechizos de diagnóstico y protección.

No detectó signos del Aberrante. Con el paso del tiempo y al escuchar que el miembro del equipo de comunicación a su lado reportaba un fracaso similar del equipo de respuesta directa, Thaddeus se fue alarmando cada vez más.

“¿Podría ser una Pesadilla?”, musitó uno de los miembros del equipo de contención a su compañero.

Incluso esas palabras le produjeron un escalofrío por la espalda. Se agachó para invocar la más completa y enigmática protección contra interferencias mentales que conocía.

Ningún Aberrante es exactamente igual a otro, pero suelen clasificarse en tipos generales.

Una Pesadilla, especialmente una de nivel Maestro, era el tipo de cosa que podía obligar a cuarentenar una aldea entera y a todos sus habitantes, para luego ser bombardeada con fuego sin discriminación en un intento desesperado por erradicarla. Los tipos de Pesadillas se llaman así porque podían controlar, de alguna forma, la experiencia subjetiva de quienes intentaban capturarlas o matarlas. Utilizaban el sigilo, la subversión o el control mental.

Thaddeus había visto Pesadillas que podían atravesar un pronóstico sin que nadie se diera cuenta de que estaban en peligro. Otras podían insertarse en tus recuerdos como un amigo inocente que tú creías que era inofensivo y amistoso, a pesar de todas las pruebas en contra. Algunas apenas estaban mutadas por el cambio, pasando por los humanos que alguna vez fueron, mientras por dentro estaban retorcidas y corrompidas.

Esta medida no sería efectiva si el Aberrante fuera invisible, o pudiera transformarse en un animal, o viajar por el reflejo de los escaparates, pero todas esas cosas podía manejarlas él. La santidad de su mente era lo primordial.

No fue hasta que el escuadrón de respuesta directa encontró los enormes cubos llenos de rastros de sangre y vísceras que comenzaron a sospechar la verdad. Los cubos provenían de una carnicería cercana y habían sido escondidos en una habitación trasera de una de las casas destrozadas.

Cuando localizaron a los dos policías que activaron las sirenas mágicas descontroladas, esa sospecha se convirtió en una certeza casi absoluta. Los policías yacían en el suelo de otra vivienda, completamente ebrios y sin conciencia, despojados del artefacto que permitía a todos los equipos de fuerzas del orden activar las alarmas.

El escuadrón de respuesta directa los levitó de vuelta, los arrojó a una sala de cuarentena y los sobó con fuerza con un par de pociones. Los policías ebrio podrían haber sido obra de un Aberrante con habilidades particularmente extrañas, pero Thaddeus ya sospechaba que todos habían sido engañados.

Luchando contra unas resacas severas, ambos policías negaron haber activado las alarmas. No recordaban nada más allá de parar a almorzar en uno de los pubs ahora vacíos.

Quienquiera que hubiera hecho esto era competente. El artefacto que activaba las alarmas era complejo y requería diversas entradas para enviar la señal de ayuda y activar las alarmas. O el culpable conocía la clave y los diversos códigos para comunicar los niveles de peligro a la Guardia Roja, o había obtenido esa información de los policías. También se habían llevado el artefacto y debieron comenzar a falsificar la escena justo después de que desalojaron el área, escapando poco antes de que llegara la Guardia Roja.

Por supuesto, toda esa evidencia no era suficiente para hacerlos bajar la guardia. Tenían que verificar que la sangre y las vísceras provinieran de animales, realizar lecturas divinas para confirmar que las puertas rotas fueron dañadas por un hechizo explosivo estándar, y buscar signos de maleficios, memorias borradas y sustitución o subversión de los dos policías. Después de todo, ningún Aberrante era exactamente igual a otro.

Horas de tedio después, y con solo un poco de ayuda como consultor experto de parte de Thaddeus, determinaron con certeza que nunca hubo un Aberrante en absoluto.

La Reina Cuervo, posiblemente una Siobhan Naught, había frustrado por completo su intento de hallarla.

Se preguntó si ella tenía algún otro uso para el artefacto que activa las alarmas, que ella o su agente habían tomado de los policías. A diferencia de la última vez que había tenido un enfrentamiento con las fuerzas del orden, ella no se había manifestado directamente. Ni siquiera el informe del Eldritch de nivel Maestro correspondía con su descripción ni con la de su compañera cuervo-sombra.

La Reina Cuervo parecía del tipo que le gusta hacer un espectáculo. Se burlarían de su incapacidad para detenerla o atraparla, o dejarían algún regalo que los confundiera y asustara. Esto había sido hábil, pero carecía de su firma audaz y juguetona. Dudó que ella hubiera estado directamente involucrada en la operación.

Thaddeus permaneció con la vista fija en los glifos arcanos sobre el pergamino antiguo, cuidadosamente dispuesto sobre el escritorio delante de él, sintiéndose tanto agotado como lleno de energía inquieta ahora que había regresado a la Universidad.

Se preguntaba nuevamente qué contenía aquel libro que ella había robado. Los superiores en la Universidad y en las Coronitas seguramente conocían su contenido y consideraban que era de suma importancia. Lo suficientemente importante como para que lo trataran como un secreto de Estado. Las preguntas casuales no aportaban información alguna, ni siquiera para él, y no estaba seguro de querer parecer demasiado interesado.

¿Si ella estuviera mirando el texto que tenía delante—registros de aquellos que se perdieron en la magia hace miles de años—sería capaz de comprenderlo? ¿Entendería la relevancia de su investigación?

Desestimó ese pensamiento junto con el deseo que lo alimentaba. Ella era demasiado volátil, demasiado inclinada a realizar tareas arriesgadas para ser una compañera válida. Y su trabajo era demasiado importante como para arriesgarse.

Tal vez, sin embargo, eso la convertiría en la candidata perfecta para ser su sujeto de prueba.

Nuevamente, descartó esa idea. Era demasiado imprudente incluso pensarlo.

Por mucho que odiara admitirlo, a veces se sentía solo, siendo el único con ideas grandiosas, el único que realmente parecía ver y entender.

Quizá esa era una de las razones por las que finalmente había decidido tomar un aprendiz, provisional o no. Había visto potencial en el chico Siverling, tanto en la perspectiva que se filtraba en sus respuestas en las pruebas, como en su Voluntad.

Había en la Voluntad una cualidad intangible que nada tenía que ver con la práctica o incluso con la inteligencia. Era esa parte oculta que se podía definir vagamente como “fuerza.”

Thaddeus siempre la había comparado con un hambre insaciable. Una sed de sangre. La falta de límites autoimpuestos. Eso era en realidad. Y podía ver esa cualidad en los oscuros ojos del muchacho.

Quizá Thaddeus había tomado a un aprendiz con la esperanza de que, al transmitir su propio conocimiento y sus ideas a alguien con esa misma falta de límites autoimpuestos, pudiera crear un compañero para sí mismo.

Recientemente, esa decisión le había causado cierta decepción, ya que Siverling actuaba deliberadamente por debajo de su nivel en clase, en beneficio de Damien Westbay. Al reflexionar de nuevo sobre ello, Thaddeus se irritó. La memoria del muchacho negándose a seguir lanzando hechizos más allá del límite de Damien y luego mirándolo desafiante en su oficina le mordisqueaba como una comezón en la parte trasera de la mente.

Thaddeus levantó la cabeza, aferrándose a esa comezón. No era solo irritación, sino confusión—algo no encajaba. ¿Por qué alguien como Sebastien Siverling, orgulloso e iracundo, se doblegaría ante un Westbay? Si fuera del tipo de hacerlo, nunca habría llegado a discutir o rivalizar con ese otro niño. No tendría el atrevimiento de mirarlo a los ojos.

Thaddeus aferró su confusión y la desgarró. Se adentró en su memoria de aquel día.

Siverling había mostrado tendencia a arrugarse, mejor disimulado en algunos casos que en otros. Se había asegurado de mirar hacia otro lado, alejado de la luz. Había mantenido las manos debajo de la mesa, presionándolas contra ella o en sus bolsillos. Hablaba lo justo, se movía lo mínimo posible, manteniendo una postura impecable. Y, pese a la vigilancia de Thaddeus, se negó a dejar de lanzar hechizos en un rango de aproximadamente doscientos thaums.

Damien se había preocupado por él.

“Esfuerzo de voluntad,” susurró Thaddeus.

Se enderezó, apartándose de la mesa. ¿Cómo no había visto aquello antes? Estaba más que familiarizado con las señales. Sabía que Siverling era el tipo de persona que forzaba sus límites como si no creyera que existían. El muchacho era un imprudente, ansioso por demostrar su valía.

Thaddeus se levantó, moviéndose con la mayor rapidez posible, cuidando de devolver con suavidad el pergamino antiguo a su lugar. Siverling ya se había demostrado demasiado obstinado para confesarse. De lo contrario, lo habría hecho de inmediato y habría evitado la ira de Thaddeus.

No. Damien era el eslabón débil aquí.

Thaddeus caminó con paso firme por los archivos serpenteantes, hasta ingresar en la biblioteca propiamente dicha, la cual permanecía cerrada a los estudiantes y sumida en la oscuridad a aquella hora. Creó una luz flotante sobre su cabeza con un pensamiento; la luz le acompañó hasta los dormitorios estudiantiles, igualmente en penumbra, y tan silenciosos como podía llegar a ser un edificio que albergaba a miles de jóvenes adultos en la medianoche.

Le costó un par de intentos encontrar la habitación en la planta baja donde se reunían los alumnos de su grupo de aprendiz.

Cuando logró dar con ella, apagó la luz, y luego pronunció un hechizo que amortiguaba el sonido en una burbuja de gran tamaño alrededor de él. Era lo suficiente alto para ver por encima de los bordes de los cubículos, por lo que no necesitaba apartar las cortinas de cada estudiante al azar. Avanzó por el pasillo que separaba a las jóvenes de los jóvenes, notando las wardas ocasionales y flojas, colocadas por los “primerizos” apenas competentes.

La cama de Damien no estaba muy lejos del extremo, donde Siverling había presionado su pequeña cama y él mismo en la esquina de las paredes, como un animal acorralado.

Thaddeus apartó la delgada cortina frente al cubículo de piedra de Damien, entró y cubrió su mano sobre la cara dormida del muchacho.

Damien despertó con un jadeo, rasguñando frenéticamente con sus manos la de Thaddeus.

Thaddeus permaneció inmóvil hasta que el niño se dio cuenta de que era él y dejó de resistirse. Luego retiró sus manos, limpiando la saliva de su palma con una mueca de desagrado.

“Profesor Lacer,” gimió Damien. “¿Qué hace aquí?” Miró a su alrededor, con los ojos desorbitados y jadeando.

“Ese día en mi clase, cuando Siverling no pudo vencerte — tuvo una tensión de Will. Por alguna razón, había ocultado esto.” Levantó una ceja en una expresión de amenaza silenciosa.

Damien se incorporó, temblando y sacudiendo la cabeza. “No es lo que piensas.”

“¿Ah, no? Entonces, ¿qué es?” preguntó con tono sombrío.

Damien miró hacia el cubículo de Sebastien, aunque no podía ver nada con la separación entre ellos. Sin embargo, la idea del otro muchacho, tan cerca, pareció calmarlo. Su respiración se ralentizó, y se erguió más completamente. “Obviamente, piensas que es algo que justifica despertarme en medio de la noche, como si fuera un asesino. No sé qué conclusiones has sacado, pero te aseguro que Sebastien... es una buena persona. Merece estar aquí. Es inteligente, motivado, y quizás algún día supere tu récord como el más joven Maestro en lanzamiento libre de hechizos.”

Thaddeus levantó una ceja al oírlo.

Damien tragó saliva, pero continuó. “Venirte a buscar esta noche fue un acto de... alarma.”

“O de curiosidad insaciable y desprecio por las normas sociales,” replicó Thaddeus.

Damien parpadeó, sorprendido. “Umm. Bueno. No voy a saciar tu curiosidad.” Se enderezó un poco más, levantando la barbilla con actitud desafiante. “Pero puedo decirte que si te alarmaste, no hay necesidad. Sebastien es responsable.”

“O eres muy crédulo,” afirmó Thaddeus, considerándolo con atención por un momento. “¿Crees que ser de Westbay te protegerá de las consecuencias de desafiarme?” Lo miró a los ojos, imaginándose perforando esas pupilas dilatadas como un gusano en busca de respuestas.

Damien estremeció. Sus ojos parecieron oscurecerse, y por un instante, evocó a Thaddeus la imagen de Titus, su hermano mayor, que ni se amedrentaba ni se rendía. “Soy más que un nombre de familia, Profesor Lacer. Tengo respeto por usted, pero no permitiré que me intimide.”

Thaddeus sonrió y dio un paso atrás. “Veo que tiene un aliado leal en ti. Eso es bueno, supongo. Él es lo bastante ingenuo como para necesitar a alguien que lo ayude a salir de problemas. Siempre que tú no lo ayudes a meterse en más.”

“No fue culpa suya,” admitió Damien, ruborizándose. “No voy a decir más al respecto. Prometí mantener el silencio.”

Thaddeus sintió una ligera irritación, pero no pudo negar cierta satisfacción. Lo que hubiese hecho, Siverling había forjado un aliado leal y poderoso. Eso era de gran utilidad.

Damien levantó un dedo, como recordando algo. Habló lentamente, como si estuviera pronunciando en voz alta la idea mientras la decía: “Sin embargo, puedo decir que deberías proveer mejores recursos para tu aprendiz —sea provisional o no. ¿Cómo puede demostrar su valía sin las herramientas adecuadas? Si quiere ganar puntos de contribución en las exhibiciones de fin de curso, necesitará un mejor Conducto.”

Thaddeus lo miró unos instantes, luego giró en dirección a la puerta y se dirigió hasta el extremo de la habitación. Abrió con más suavidad las cortinas de Sebastien que las de Damien.

El muchacho despertó en cuanto Thaddeus dio el primer paso dentro del pequeño cubículo.

Siverling se tensó, pero no estaba desorientado; sus ojos negros se clavaron de inmediato en Thaddeus, mientras su mano se deslizó bajo la almohada, probablemente palmeando su Conducto, su Conducto mediocre.

Siverling lo observó acercarse, sin decir nada.

Thaddeus se inclinó sobre él, hablando en voz baja: “No hables. Escucha y préstame atención. Sé que a principios de este mes, en mi clase, cuando te negaste a dar lo mejor de ti, estabas ocultando una tensión de voluntad.” Lo observó en busca de respuesta, pero no hubo ninguna, ni siquiera una pequeña respiración agitada o un parpadeo nervioso. “No me importa la tontería que te llevó a ese punto. Mr. Westbay me ha asegurado que guardará silencio, incluso ante amenazas. Sin embargo, hay un punto crucial que debes comprender.”

Thaddeus alzó la voz, ahora más suave, pues a veces esa forma resultaba más intimidante que gritar o gruñir: “No volverás a ponerte a ti ni a otros estudiantes en peligro tan grave. No me importa si has llevado tu Voluntad al límite torturando animales pequeños o cometiendo actos sexuales depravados con algunos de los miembros más cuestionables del alumnado. Siempre y cuando no ensucies mi nombre. Pero sí me importa que, después, no pongas en riesgo tu integridad ni la de los demás, continuando con tus hechizos. Podrías haberte matado a ti mismo o haber causado la muerte de medio aula con tu terquedad. Nunca más.” Susurró la última parte y quedó en silencio, mirando a los ojos de Siverling.

Siverling asintió con un movimiento nervioso.

“La opción correcta habría sido negarse a lanzar, preferiblemente con un pase de la enfermería.”

Siverling asintió otra vez.

“Bien. Lamentarás si nos vemos en la necesidad de discutir esto nuevamente.”

Otra vez, el muchacho asintió, aún siguiendo la instrucción de Thaddeus de no hablar.

“Ahora, pasemos al segundo asunto. Muéstrame tu Conducto.”

Lentamente y con recelo, Siverling sacó el puño de debajo de la almohada, desterrándolo para exhibir el pequeño trozo de celerio sin cortar y encruijido.

Thaddeus lo tomó en la mano, pesándolo y creando una luz detrás de él para observar su claridad. Lo miró con disgusto y arrojó el fragmento miserable hacia su aprendiz. “Eso apenas podría sostener la Voluntad de un niño de trece años.”

Siverling lo miró sin pestañear, encandilado por la luminosidad de la luz de Thaddeus.

Su silencio, en lugar de ser reconfortante, comenzaba a irritar. “Habla, muchacho. ¿No te dio tu familia algo mejor?”

Los ojos de Siverling se estrecharon al escuchar eso. “Estoy solo. Sé que no es muy bueno, pero he sido cuidadoso con ello. Es una buena lección de eficiencia”, dijo retadoramente.

Thaddeus resopló. “Es una lección de pobreza, y no te deja espacio para crecer. Ven conmigo. No te entretengas.”

La mandíbula de Siverling se levantó. “¿Me están expulsando?”

“No, idiota. Estoy corrigiendo este problema, que deberías haber consultado conmigo en cuanto lo descubriste.”

En cuanto Siverling se puso la chaqueta y las botas, Thaddeus enderezó la suya y salió de la habitación con paso firme. Se les unió Damien, quien, con terquedad, insistió: “Yo también voy”, cuando tanto Thaddeus como Siverling le dieron expresiones de rechazo sorprendentemente similares. Thaddeus no tenía ganas de discutir en ese momento.

Al salir al aire nocturno, ambos chicos estremecieron por el frío. Thaddeus inhaló profundamente, disfrutando en parte del punzante aire contra sus pulmones, y dejó que su burbuja de aislamiento se desvaneciera. “¿El programa de préstamos de la Universidad no tenía algo mejor que eso? ¿O rompieron el suyo y están tratando de evitar pagar?”

Ambos le miraron en blanco. Él exhaló con pesadez, su aliento formó neblina en el aire. “La Universidad ofrece Conduits de bajo nivel a los estudiantes que inician sus cursos. Todos deberían haber recibido información al respecto cuando se inscribieron en sus clases.”

“Nunca lo había oído,” dijo Damien.

“Quizá pensaron que no parecía lo bastante pobre,” murmuró su aprendiz con tono sombrío.

“Exactamente,” respondió Thaddeus. “De cualquier modo, tú ya superaste la necesidad de un Conduit de bajo nivel, por lo que este asunto carece de importancia.”

Al dirigirse hacia el este, en lugar de hacia uno de los otros edificios de la Universidad, Damien preguntó: “¿Adónde vamos?”

“Hacia mi vivienda. Como profesor, dispongo de una pequeña cabaña en los terrenos. Allí guardo mis antiguos Conduits.”

Los dos chicos compartieron una mirada de emoción sorprendida.

Dejándolos en la entrada, Thaddeus fue a buscar el Conduit en su caja fuerte hechizada en la habitación trasera. Se lo lanzó a su aprendiz, quien lo atrapó con los ojos muy abiertos. “Ganéese en un burdel rural, a un noble particularmente ingenuo. Intentó matarme por eso, pero le hice entender que no era una buena idea. En ese momento, este Conduit era mejor que el mío, y lo utilicé hasta que lo superé. No me vuelvas a pedir que solucione este problema por ti, Siverling.”

El muchacho lo miró con la expresión fluctuando rápidamente entre varias emociones. “No lo haré. Gracias, profesor Lacer.”

A su lado, Damien sonreía con cierta suficiencia. Sin duda, el chico se sentía satisfecho por haber organizado todo esto.

“Devolverás eso cuando hayas superado su nivel. ¡Ahora vete! De regreso a los dormitorios,” ordenó Thaddeus, frunciendo el ceño. “Es pasada la hora de la cena, y ya me has hecho despertar demasiado de una vez.”

Con el puño apretado alrededor del Conduit, Siverling le hizo una cortés reverencia y luego se volvió para marcharse sin decir otra palabra, imitado rápidamente por el joven Damien.

Como Thaddeus había observado antes, la falta de respeto por incluso la idea de límites era indispensable para todo taumaturgo verdaderamente grande. La disregancia de Siverling era, sin embargo, un poco demasiado marcada. La tensión del poder era señal de que ya habías perdido el control, y seguir más allá de ese límite era una locura que convertía a hombres prometedores en cadáveres, o algo peor.

Mientras Thaddeus se preparaba para dormir, uno de sus pocos placeres verdaderos en la vida, notó que la comisura de sus labios se curvaba ligeramente en una pequeña sonrisa. Por justicia, debería estar furioso, pero en cambio, se encontraba extrañamente divertido. “Niños,” susurró en voz alta.

Al menos, Siverling no era aburrido.

Revisión #1

Creado 11 julio 2026 01:43:59 por Edward Elric

Actualizado 11 julio 2026 01:44:08 por Edward Elric